

LOS PRIMEROS INTENTOS DE MOTÍN A BORDO DE BUQUES DE LA ARMADA DURANTE LA 1.^a REPÚBLICA (I) (de febrero a mayo de 1873)

Manuel ROLANDI SÁNCHEZ-SOLÍS
Ldo. en Ciencias Geológicas

Los difíciles momentos iniciales del régimen republicano y el primer intento de motín a bordo del vapor *Lepanto*

Tras la proclamación de la 1.^a República (11 de febrero de 1873), y durante los primeros cuatro meses del nuevo régimen (de febrero a mayo de dicho año), se produjeron una serie de importantes acontecimientos que condicionarían el desarrollo de la política nacional de todo el resto del período republicano.

El nuevo régimen, sostenido en sus primeros momentos por una difícil coalición republicano-radical, se vería sacudido, a mediados del mes de febrero, por graves sucesos de alteración del orden público en Andalucía y las dos Castillas, en los que abundarían los actos de disolución de ayuntamientos y de creación de juntas revolucionarias locales (al igual que durante la revolución de septiembre de 1868) que, en algunos casos, degenerarían en actos de verdadera violencia ciudadana, con asaltos, agresiones y saqueos a instituciones, personas y propiedades. El nuevo gobierno adoptaría enseguida fuertes medidas de seguridad en todo el país, y su ministro de la Gobernación, Francisco Pi y Margall, ordenaría a todos los gobernadores civiles que se esforzaran en mantener el orden público a toda costa, incluso con el empleo de fuerzas del Ejército si era necesario.

Pocos días después, y aunque con un carácter totalmente contrario a lo acontecido en el resto del país, en Barcelona también ocurriría una serie de sucesos de cierta importancia para la estabilidad del nuevo régimen. En esta ciudad, donde, como en casi toda Cataluña, se concentraban importantes fuerzas del Ejército para combatir a los carlistas, una buena parte de los jefes militares allí destacados (encabezados por el capitán general de Cataluña, Eugenio Gaminde) demostraron un claro rechazo a la llegada del nuevo régimen republicano e incluso se temió, en algunos momentos, que estuvieran preparando una conspiración contra la recién nacida República, financiada y organizada, al parecer, por elementos monárquicos proalfonsinos. Los conspiradores intentaron ocupar el Palacio de la Diputación y detener a varios dirigentes

republicanos, entre ellos al propio presidente de la Diputación de Barcelona, Benito Arabio Torre, ante lo que el gobierno de Madrid, y atendiendo a las peticiones de la citada Diputación y de los líderes republicanos locales, procedería, el martes 18 de febrero, a destituir al mencionado general Gaminde y a nombrar como sustituto al teniente general Juan Contreras Román, recientemente pasado a las filas republicanas tras varios años de militancia activa en el Partido Progresista. La pretendida conspiración fracasaría, finalmente, en la madrugada del jueves 20 de febrero, al negarse las tropas a secundar a los sublevados y ponerse éstas a las órdenes de la Diputación barcelonesa.

Los sucesos de Barcelona desencadenarían una serie de actos violentos dentro de los cuarteles, con detención o expulsión de los mandos comprometidos al grito de «¡abajo los galones!» y «¡que bailen!», y un intento, por parte de la mencionada Diputación Provincial (que se hizo, momentáneamente, cargo del control político y militar de la ciudad), de proclamar el Estado catalán, dentro del marco de la República española, tentativa que se vería frustrada por la oportuna y rápida intervención de un influyente grupo de republicanos benévolo y moderados del Círculo Republicano Democrático Federal de Barcelona.

La Marina, por su parte, no se vería exenta de esta situación de excitación provocada por «los ejemplos tumultuosos de las tropas del Ejército de guarnición en Barcelona», como se recogería en un informe del Almirantazgo al comandante general del Departamento Marítimo de Cartagena, de fecha 4 de marzo de 1873 (1). En dicho informe se refleja el intento de insurrección llevado a cabo por parte de la dotación del vapor de guerra *Lepanto*, perteneciente a la 1.^a Sección del Resguardo Marítimo de Cartagena y destinado, por aquellos días, en el puerto de Barcelona, intenciona que se produjo entre los días 21 y 22 de febrero. La situación fue controlada rápidamente por el comandante del citado buque «con tacto y energía dignos de todo elogio», formando a la dotación en cubierta y haciéndole «comprender los ineludibles deberes que le son anexos a la fuerza armada, principal garantía del orden y la sociedad». El Almirantazgo, por vía de su vicepresidente interino (y vocal), contralmirante Santiago Durán Lira, aprovecharía la ocasión para lanzar un claro mensaje de exigencia de disciplina y de riguroso respeto a la legalidad vigente a todos los mandos y personal subalterno de la Marina, mensaje que es un fiel reflejo del esfuerzo realizado en este sentido por el equipo de colaboradores más directos del nuevo ministro de Marina, contralmirante Jacobo Oreiro Villavicencio. Dicho mensaje, recogido en el mencionado informe del 4 de marzo, incluía frases tan claras y contundentes como las siguientes:

«(...) esta corporación [,] por lo mismo que se halla resuelta a emplear con toda energía los medios de que dispone para corregir severamente toda falta de subordinación (...) les manifiesta la satisfacción con que el Almirantazgo ha visto la obediencia prestada al principio de autoridad y de respeto a sus Jefes, y que se le haga saber que con tal conducta obraron cuantos individuos constituyen la dotación del vapor *Lepanto* como compete a buenos servidores

(1) Archivo General de la Zona Marítima del Mediterráneo (AGZMM), diversos oficios y expedientes del año 1873.

LOS PRIMEROS INTENTOS DE MOTÍN A BORDO DE BUQUES DE LA ARMADA...

Almirantazgo
 Señalada
 Excmo. Sr. Comandante General del Departamento Marítimo de Cartagena, para la recepción de la copia de la Real Cédula de 21 de febrero de 1873, que por ella se le ordena que se le informe de los sucesos que se han verificado a bordo del vapor Lepanto, y que se le informe de los sucesos que se han verificado a bordo del vapor Lepanto, y que se le informe de los sucesos que se han verificado a bordo del vapor Lepanto...

que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado...

esta falta de disciplina, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado...

de la Marina, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado...

que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado...

que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado, y que para el efecto se le ha dado el curso que se ha dado...

Comunicación del Almirantazgo al comandante general del Departamento Marítimo de Cartagena, de fecha 4 de marzo de 1873, sobre el intento de motín ocurrido a bordo del vapor de guerra Lepanto en Barcelona durante los días 21 y 22 de febrero de dicho año (Archivo General de la Zona Marítima del Mediterráneo). Sería el primer intento de insurrección de una dotación de un buque de la Armada de los ocurridos durante la 1.^a República.

del Gobierno de la República que el país se ha dado y que, por lo mismo que es el que más libertades y derechos concede a todos los españoles, exige también de aquellos que sirven a la Nación con las armas en la mano el respeto más profundo a la ley y el más exacto cumplimiento de los deberes militares, principal sostén de la acción del Gobierno, del orden y de la paz pública».

Primeras demostraciones públicas de la marinería de la escuadra en Cartagena a favor del sector intransigente del republicanismo federal. Intento de golpe de Estado radical del 23 de abril en Madrid y participación en el mismo del contralmirante Topete

Las manifestaciones «intransigentes» de Cartagena de los meses de marzo y abril

Tras los sucesos de Barcelona, en la segunda quincena del mes de marzo de 1873 el denominado «sector intransigente» del republicanismo comenzaría a organizar una serie de actos públicos de denuncia de la política de pactos del gobierno y de protesta ante la lentitud, según ellos, con la que se estaba llevando a cabo la ejecución de las principales reivindicaciones del republicanismo histórico.

Dentro de este ambiente reivindicativo y de llevar a la calle las demandas «intransigentes», en Cartagena se producirían una serie de manifestaciones que constituyeron los primeros actos públicos del período republicano en los que participó abiertamente personal de la Marina. El primero de ellos se llevaría a cabo el domingo 16 de marzo, con la celebración de una manifestación de marineros de la fragata *Almansa* y del depósito de marinería del arsenal, a los que siguieron algunos manifestantes civiles que tomaron una bandera tricolor del club republicano de la calle Jara y recorrieron varias calles del centro de Cartagena dando vivas a la República federal y lanzando gritos en demanda de la abolición de las matrículas de mar. Estos hechos, unidos a otros de carácter similar protagonizados por algunos soldados de la guarnición, que pidieron, por aquellos mismos días, su licencia absoluta mientras se paseaban por las calles de la ciudad tocados con gorros frigos, hicieron que las autoridades locales comenzaran a ser conscientes del problema que se les venía encima y a preocuparse realmente por el exaltado estado de ánimo en el que se encontraba una parte de la marinería del departamento. Ello motivaría que el nuevo capitán general, contralmirante José Dueñas Sanguineto, nombrado escasos días antes (el 7 de marzo) en sustitución del anterior, contralmirante Ramón Topete Carballo, nada más incorporarse a su puesto (llegaría a Cartagena el día 11 de marzo y tomaría posesión de su nuevo cargo un día más tarde, el miércoles 12) acudiera a bordo de la fragata *Almansa* y se dirigiera a su tripulación, exhortándola a mantener «la disciplina y el orden con la República». Toda la prensa local se haría eco de la actitud levantisca de la marinería y de otras tropas del Ejército, llegando incluso a comentar el



Vista general del Arsenal de Cartagena en la segunda mitad del siglo XIX (fotografía de la colección privada de Enrique Rolandi Pera).

periódico *El Eco de Cartagena* que «no sería de extrañar que en aquel puerto cundieran los actos de indisciplina» (2).

Pero la verdadera demostración de fuerza de los intransigentes cartageneros se produciría una semana después, el domingo 23 de marzo, en el que aprovecharon una manifestación oficial, que las autoridades locales habían organizado para celebrar la llegada del nuevo régimen, para sacar a la calle a una buena parte de sus seguidores y, sobre todo (y esto sería lo que más preocuparía al gobierno), para hacer pública demostración del apoyo que tenían de un considerable sector de las dotaciones de la escuadra y del personal de la maestranza del arsenal naval.

La manifestación oficial contó, además de con numeroso público, con la presencia de los diputados a Cortes por Cartagena José Prefumo Dodero y Manuel Lapizburú (ambos pertenecientes al «sector benévolo» del partido republicano y que habían regresado a Cartagena, en loor de multitud, el 13 de marzo anterior, tras disolverse la Asamblea Nacional para convocar Cortes Constituyentes), así como con las fuerzas vivas de la ciudad y del departamento marítimo, como el alcalde Pedro Asuar Rodríguez, el nuevo capitán general del departamento marítimo, contralmirante José Dueñas Sanguineto, y el gobernador militar de la plaza, brigadier de Infantería de Marina José Guzmán Saquetti.

En sus primeros momentos, la manifestación se mantuvo totalmente controlada por sus organizadores; pero, de repente, cuando un nutrido grupo de manifestantes alcanzaba el final de la calle Mayor y comenzaba a entrar en las Puertas de Murcia, aparecieron numerosos grupos de marineros de la escuadra portando banderas, estandartes y diversos símbolos republicanos, y profiriendo fuertes vivas a la República federal. Por un momento, los gritos de los marineros alusivos a la República federal enmudecieron a las bandas de música de los regimientos que animaban la parada y, rápidamente, contagiaron a la mayor parte de los asistentes a la manifestación. Los marineros se habían repartido en tres grupos. El primero, compuesto por tripulantes de la fragata *Almansa*, llevaba un gran estandarte rojo en el que podía leerse «Federación Española, Justi-

(2) RUBIO PAREDES, José M.^a, y PÉREZ CASTRO, Antonio: *Memorias malditas del Cantón murciano: epistolario de una familia cartagenera implicada en el Cantón (1872-1874)*. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1994, p. 277.

cia, Disciplina y Orden». El segundo, también formado por marineros de la *Almansa*, portaba una gran bandera amarilla que llevaba bordadas las palabras «Viva la República Federal». Por último, el tercero de los grupos, con hombres de la fragata *Vitoria*, enarbolaba un gran estandarte morado con mensajes similares a los anteriores. La gran bandera republicana formada por el conjunto de los tres estandartes y banderas portados por la marinería iba seguida muy de cerca —y como cierre de la larga y ruidosa comitiva— por el grupo de los Amigos de la Libertad (agrupación política intransigente que se reunía, habitualmente, en un club federal de la calle Jara), los cuales portaban una enorme bandera roja con la inscripción «Federación o muerte».

El vocerío de los republicanos intransigentes llegó a ser tan fuerte que hubo un momento en que el único grito que se oía en toda la manifestación era el de «¡Viva la Federal!», lo que llegaría a inquietar a las autoridades asistentes, al temer que se pudiera producir una situación de abierto enfrentamiento entre los dos sectores del republicanismo («intransigentes» y «benévolo»). En un intento de apaciguar los exaltados ánimos y de reencauzar la manifestación a sus iniciales objetivos, el diputado Prefumo subiría al edificio de capitán general, desde cuyo balcón principal —y en compañía del contralmirante Dueñas y del brigadier Guzmán— se dirigiría a los manifestantes en los siguientes términos: «¡Nada de vivas a la Federal!, hoy sólo debemos decir “¡Viva la República!”», y ya dirán las Cortes si ha de ser ó no federal ésta» (3).

Las palabras del diputado Prefumo desencadenaron una sonora repulsa entre los manifestantes intransigentes, quienes, entre fuertes silbidos, profirieron gritos de desaprobación. No obstante estas muestras de contestación hacia el diputado benévolo, los manifestantes intransigentes optaron por dar por terminada su jornada de protesta y regresar a sus buques y hogares en perfecto orden, aunque plenamente satisfechos de los resultados de la jornada, en la que habían conseguido no sólo sacar a la calle sus reivindicaciones de forma masiva, sino demostrar la fuerza con que contaban en Cartagena.

Este hecho no pasaría desapercibido ni para las autoridades militares de la plaza (que lo habían presenciado en primera fila y no sin cierto temor), ni para las de Madrid, quienes, puestas enseguida en contacto (y como ya se había planteado años antes), llegarían incluso a pensar en disolver la Fuerza Naval del Mediterráneo, con base en Cartagena, ante el temor de que su marinería —claramente decantada por el «sector intransigente» del federalismo— intentara en las semanas siguientes—como así fue— sublevar a favor de la República federal los buques en los que servía, antes de que ésta fuera aprobada oficialmente por las nuevas Cortes Constituyentes.

Como consecuencia de la citada manifestación, y ante la preocupación del ministro de la Gobernación, Francisco Pi y Margall, sobre el riesgo de que estallase un movimiento federalista y cantonalista en Cartagena, el alcalde, Pedro Asuar, se vería obligado a garantizar al ministro los sentimientos espa-

(3) SOLER CANTÓ, Juan: «El Cantón de Cartagena», *Revista General de Marina*. Septiembre de 1962, p. 208.

ñolistas de toda la población: «Españoles antes que todo, amamos la patria y la integridad del territorio» (4). Sin duda fue éste un nuevo aviso del peligro inminente de una posible sublevación de la marinería de la escuadra, que el capitán general del departamento marítimo, contralmirante Dueñas, e incluso el ministro de Marina, contralmirante Jacobo Oreiro (con el recuerdo todavía vivo de los sucesos de Ferrol del año anterior), llegarían a valorar en su justa medida (aunque todavía no con el grado de preocupación que a finales del mes de mayo) y que serviría para plantear (aunque sin decidirse, finalmente, a llevarlo a cabo) el relevo y el envío a otros apostaderos de algunas de las unidades que componían la Fuerza Naval del Mediterráneo, con base en Cartagena o, incluso, su disolución total.

Pocos días después de esta primera demostración de fuerza de los intransigentes locales, el sector intransigente del Comité Republicano de Cartagena prepararía una segunda manifestación popular y, en esta ocasión, con la intención de protestar específicamente contra el «servicio forzoso de las armas».

Esta segunda manifestación intransigente se llevaría a cabo el Domingo de Ramos (6 de abril) por todo el centro de la ciudad, y contaría con una numerosísima concurrencia. Terminaría en la plaza de la Merced (o de la Constitución), donde los manifestantes rompieron y quemaron diversos utensilios y símbolos de las tallas de quintos (los conocidos «bombillos», medidas talladoras, etc.). A continuación, los dirigentes locales Pedro Gutiérrez de la Puente y Esteban Nicolás Eduarte se encaramaron a un balcón del antiguo convento de la Merced, desde el que profirieron duras palabras de condena contra las quintas y el mantenimiento del Ejército y de la Marina tradicionales, formados a base de reclutamientos forzosos.

Evidentemente, esta nueva manifestación en contra del tradicional sistema de reclutamiento, al que se sumaron gritos a favor de las «licencias absolutas», es más que probable que volviera a intranquilizar a las autoridades militares de Cartagena, sobre todo después de haberse vivido recientemente los acontecimientos de Barcelona del 20 al 22 de febrero y del 9 de marzo anterior. En ellos se habían producido diversos actos de insubordinación de las tropas del Ejército y de tripulaciones de Marina, con peticiones similares de «licencias absolutas» y preocupantes gritos de «¡abajo los galones!» y «¡que bailen!» con los que amenazaron a sus oficiales, y que terminaron con la aceptación por el gobierno de Madrid de retirar de Cataluña el Ejército regular y sustituirlo por fuerzas de Voluntarios de la República. Una prueba evidente de la citada preocupación sería la comunicación del coronel del 3.^{er} Regimiento de Infantería de Marina, Félix Ortega Pavía, al capitán general del Departamento de Cartagena, José Dueñas Sanguineto, enviada pocas semanas después (31 de mayo), en la que le transmitía sus temores por las consecuencias de este tipo de actos, en el que habían llegado a lanzarse mensajes muy críticos contra el Ejército y la Marina «condenando las quin-

(4) EGEA BRUNO, Pedro María: *Los prolegómenos del Cantón en Cartagena: el motín de la fragata Almansa*. Actas de las Jornadas sobre el Sexenio Revolucionario y el Cantón murciano, t. 10. Universidad de Murcia, 1982, pp. 412, 413, 416.

tas y calificándolas por un orador de ley de martirio para las infelices madres» (5).

La principal preocupación radicaba en el hecho de que, caso de que se agravara la situación en Cartagena, ésta sería sin duda mucho más peligrosa que en Barcelona, debido al importante número de fuerzas y de medios de la Marina y del Ejército con que contaba la plaza y su arsenal naval (en conjunto, cerca de 10.000 hombres, con cinco fragatas, cuatro de ellas blindadas o protegidas, dos vapores de guerra, una goleta y varios buques menores, y más de un centenar largo de piezas de artillería de diverso calibre instaladas en una docena de castillos, fuertes y baterías de costa), por lo que resultaría mucho más difícil de controlar o de contrarrestar. Era, por tanto, una potente bomba de relojería, que amenazaba con ponerse en marcha y que, en cualquier momento, podía explotarle entre las manos al todavía débil primer gobierno republicano.

El intento frustrado de golpe de Estado radical del 23 de marzo y la participación en el mismo del contralmirante Topete

Tras los preocupantes acontecimientos de Cartagena y la disolución de la Asamblea Nacional en Madrid en la última semana de marzo, como paso previo y obligado para la celebración de nuevas elecciones a Cortes Constituyentes en el mes de mayo siguiente, los dirigentes radicales y la mayoría radical de la Comisión Permanente de la Asamblea pondrían en marcha una activa política de acoso y derribo del gobierno de Figueras. Su objetivo final era conseguir sustituirlo por otro, presidido por el general Serrano, que evitara a toda costa la temida proclamación de la República federal. Con este objeto, y tras diversos actos de presión en la citada Comisión Permanente, finalmente intentaron un golpe de Estado en Madrid en la mañana del miércoles 23 de abril. Contaba éste con la participación o el respaldo de un numeroso grupo de antiguos generales y almirantes de la Revolución del 68, entre los que cabría destacar a Francisco Serrano y a otros como López de Letona, marqués del Duero, Gándara, conde de Valmaseda, Ros de Olano, Caballero de Rodas, Juan Bautista Topete y José Malcampo, así como a distinguidos líderes radicales (todos ellos ex ministros o ex presidentes de las Cortes de don Amadeo de Saboya) como Cristino Martos, Práxedes Mateo Sagasta, Eduardo Gasset y Manuel Becerra.

El golpe de fuerza terminaría fracasando en la tarde del citado 23 de abril, con la rendición y el desarme de los batallones sublevados en la plaza de toros de Madrid y el apresamiento del contralmirante Juan Bautista Topete y de los políticos Laureano Figuerola (ex ministro de Hacienda y ex presidente del Senado) y Marina (alcalde de Madrid). Tras ello se produciría la disolución de la problemática Comisión Permanente (24 de abril) y la ruptura definitiva

(5) *Ibidem.*

del gobierno con los radicales (lo que significó el fin de la coalición republicano-radical, que había propiciado la proclamación de la República), así como el hecho de que el nuevo régimen se viera privado de una sólida y amplia base nacional, compuesta por progresistas y demócratas, que, como en la vecina Francia, habría podido garantizar, muy posiblemente, su aceptación general y su supervivencia por un largo período de tiempo.

Los intentos de motín en las fragatas *Almansa* y *Vitoria*

La preparación

Desde prácticamente los días de la ruptura entre el primer gobierno republicano y los radicales (finales del mes de febrero de 1873), pero, sobre todo, tras el intento de golpe de Estado del 23 de abril anterior, los dirigentes madrileños del sector intransigente del partido republicano federal (Alberto Araus, Roque Barcia, el coronel Rispá y Perpiñá y el teniente general Juan Contreras, entre otros) tenían decidido llevar a cabo una serie de acciones encaminadas a presionar al comité federal del partido republicano y al gobierno de Figueras para que, liberados de los iniciales compromisos con los radicales, realizaran, a partir de entonces, una política mucho más reformista y avanzada. A la inmediata proclamación de la República federal (sin esperar a ningún tipo de elecciones generales ni de aprobación en las Cortes), debería seguir la rápida aplicación de la reciente supresión de las quintas (imposible de aplicar de forma inmediata, por las necesidades acuciantes de las guerras carlista y cubana), la reforma agraria, el reparto de tierras, la reducción de la jornada laboral, la enseñanza obligatoria y la protección del trabajo infantil. En resumen, había que poner en marcha, y sin ningún tipo de demora ni de vacilación, los principales puntos del programa republicano federal, preconizados desde muchos años atrás.

En las semanas siguientes, las impaciencias de los «clubes» intransigentes irían en aumento, como se demostraría con motivo de la manifestación que organizaron en la capital de España el domingo 27 de abril, en la que se pidió a gritos la proclamación inmediata de la República federal, y en la que resaltarían como oradores destacados el joven estudiante de medicina cartagenero Manuel Cárceles Sabater (*Manolo Cárceles*) y el futuro diputado Alberto Araus. El país se llenó de manifestaciones y de reuniones organizadas por los grupos intransigentes, en las que se leyeron o dijeron comentarios, tan claros y contundentes, como el siguiente (6):

«Ya somos los federales los dueños absolutos de la situación; por segunda vez se ha salvado la República; la coalición con republicanos tan tibios como

(6) JUTGLAR, Antoni: *Pi y Margall y el federalismo español*, t. I. Editorial Taurus, Madrid, 1975, p. 499.



Cartagena 20 Agosto 1873

EL GENERAL EN JEFE,

Juan Contreras.

General Juan Contreras Román (1807-1881), capitán general de Cataluña durante los sucesos de finales de febrero de 1873 (grabado de la época). Procedente de las filas progresistas, con la proclamación de la 1.ª República se identificaría activamente con el sector intransigente del republicanismo, y entre julio de 1873 y enero de 1874 sería el principal dirigente militar de la sublevación cantonal de Cartagena.

nuevos, con los monárquicos de la víspera, está definitivamente rota, ¿a qué esperamos? Proclamad desde luego la República Federal. Hallen ya las Cortes la labor realizada directamente por el pueblo. Limítense a consagrar la voluntad de los municipios y las regiones. Resultará así hecha la federación de abajo arriba y no será obra de unas Cortes, sino la de una nación que se constituye a sí misma. ¿Para qué esperar si está visto que los enemigos de la República no perdonan momento para conspirar y derribarla? Por corto que fuese el aplazamiento que la realización de las aspiraciones federales se señale, ¿no podría correr algún peligro?».

Pocos días después, el domingo 4 de mayo —y sin esperar, ni tan siquiera, a los resultados de las elecciones generales a Cortes, que se iban a celebrar escasos días después, entre el 10 y el 13 de mayo—, de nuevo el cartagenero Manolo Cárceles intentaría proclamar la República federal, en esta ocasión en un acto público y multitudinario celebrado en Madrid con motivo de la campaña electoral, mientras los generales Juan Contreras (ex capitán general de Cataluña) y Fernando Pierrad (todavía, en aquellos momentos, secretario del ministro de la Guerra) se movían sigilosamente por los pasillos del Ministerio de la Guerra y por los cuarteles madrileños intentando buscar los apoyos militares necesarios, lo que llevaría al propio Pi y Margall a tener que inutilizar el telégrafo del citado ministerio, para

evitar que éstos se comunicaran libremente con los supuestos comprometidos de otras provincias.

Pi y Margall y Figueras denunciarían repetidamente las «prisas» y los «atajos» que algunos de sus correligionarios pretendieron tomar en estos días

para, supuestamente, «llegar más pronto» a la consecución de la República federal y a todo el programa reformista y social del partido, y remarcarían el papel moderador y apaciguador que ambos tuvieron que desempeñar (incluso a costa de perder y tener que enfrentarse a muchos amigos personales) para evitar que un paso equivocado (un levantamiento armado, o un «motín», como lo definiría el presidente Figueras) pudiera dar al traste con la República recién instaurada.

Pero esta situación general del país no era muy diferente de la concreta de la provincia de Murcia, donde, tras el triunfo benévolo en las elecciones del nuevo Comité Federal Murciano (ocurrido en la segunda semana del mes de marzo), los dirigentes intransigentes de Cartagena (encabezados por el veterinario Esteban Nicolás Eduarte, Pedro Gutiérrez de la Puente y el comerciante murciano Nicolás del Balzo) se lanzaron a una política activa en la calle, organizando diversos actos públicos donde denunciarían la política de pactos del gobierno y la lentitud en su labor reformista. Dentro de este programa de presión sobre el gobierno y sobre el sector benévolo de su propio partido, estarían las ya comentadas manifestaciones de Cartagena del 16 y del 23 de marzo y del 6 de abril últimos, y los intentos de controlar los primeros batallones de Voluntarios de la República que se estaban formando en la provincia (últimos días de marzo y primeros de abril), así como las numerosas reuniones que los intransigentes cartageneros celebraron en su club de los Amigos de la Libertad de la calle Jara y en diversos domicilios particulares. Y a estas manifestaciones y reuniones públicas acudirían también un buen número de suboficiales, cabos de cañón y marineros de la escuadra, atraídos por el credo reformista de los federales intransigentes, y que serían los que protagonizarían y encabezarían los intentos insurreccionales o motines de la escuadra de las siguientes semanas (25 y 27 de mayo) y meses (14 de julio).

La situación de inquietud entre los intransigentes cartageneros iría en aumento a lo largo de la segunda quincena del mes de abril, y coincidiría con el malestar de fondo que había supuesto para la mayoría de los suboficiales y cabos de los buques de la Armada fondeados en su bahía el agravio salarial de la reciente orden ministerial del 16 de abril anterior, por la que, de forma discriminatoria y selectiva, se aumentaban los sueldos a las plantillas de jefes y oficiales del Cuerpo General de la Armada, e incluso de la marinería, pero no los de la suboficialidad de dicho cuerpo. A esta torpeza política coyuntural se unirían otras cuestiones de fondo de mayor importancia, como las continuas reivindicaciones de un importante número de trabajadores de la maestranza del arsenal, que habían sido expedientados y expulsados de sus trabajos tras la huelga internacionalista del 19 de abril de 1871 (y que permanecían en una desesperada situación de paro forzoso desde dicha fecha), y el claro deseo de muchos marineros de las dotaciones de los buques de guerra de obtener su licencia absoluta, de acuerdo con la recientemente aprobada Ley de Supresión de las Matrículas de Mar (de 22 de marzo), así como a otro tipo de protestas por la rigidez de las ordenanzas a bordo de los buques y la frecuente aplicación de castigos corporales (usuales en todas las marinas de la época, sobre todo en la británica), produjo una cierta situación de

desasosiego entre las tripulaciones de algunos buques (fundamentalmente de las fragatas *Almansa* y *Vitoria*), que sería hábilmente aprovechada por los dirigentes intransigentes cartageneros.

Tras celebrar diferentes reuniones con los suboficiales, cabos de cañón y marineros de la escuadra más comprometidos, a las que también asistieron algunos trabajadores de la maestranza del arsenal (que, infructuosamente, habían intentado que intercedieran ante el ministro de Marina los concejales republicanos del Ayuntamiento de Cartagena, para conseguir el reingreso en sus puestos de los trabajadores expulsados dos años antes), los dirigentes intransigentes comprobaron que éstos estaban realmente dispuestos a iniciar una sublevación en la escuadra «en el sentido federal», que podía, además, ser secundada por el personal de la maestranza del arsenal (muchos de cuyos trabajadores, sobre todo los del denominado ramo de subinspección y de la comandancia de ingenieros, formaban parte, como voluntarios, de las Milicias Republicanas de la ciudad). La oportunidad podía ser única, y la posibilidad de éxito, incluso mayor si la sublevación en Cartagena se hacía coincidir con otra posible acción de fuerza similar que se produjera en Madrid o en algún otro punto del país.

En estas entrevistas y negociaciones previas jugaría un papel destacado el comerciante murciano Nicolás del Balzo, quien pocos días después (hacia finales del mes de abril) se desplazaría a Madrid para informar y pedir ayuda a la Junta del Centro Intransigente de esta capital sobre la «propicia» situación de Cartagena. En Madrid, Balzo se entrevistó con el presidente de dicha Junta, el coronel Rispá y Perpiñá, al que le pidió que enviara a Cartagena un enviado especial para que analizara y valorara la situación *in situ* y dirigiera, caso de que se considerara oportuno, el previsible proceso insurreccional.

Rispá y Perpiñá jugaría, en esta ocasión, un papel moderado y apaciguador, pero de indudable doble juego, recomendando calma y prudencia a Del Balzo, al que despidió con buenas palabras, aunque sin prometerle nada, e informando de todo lo hablado, pocas horas después, al propio ministro de la Gobernación, Francisco Pi y Margall (7). Balzo, ante las imprecisiones de Rispá y Perpiñá, acudiría pocos días después a Roque Barcia (por entonces director de los periódicos intransigentes *La Federación Española* y *La Justicia Federal* y comandante en jefe de los Voluntarios Murcianos, a título honorífico, así como, pocas semanas más tarde, presidente del Comité de Salud Pública de Madrid y futuro dirigente político durante la sublevación cantonal de 1873-1874), quien desde el primer momento se interesó vivamente por la propuesta de Del Balzo y enviaría, pocos días después, a Cartagena al activo estudiante Manolo Cárcelos Sabater (joven cartagenero de veintitrés años que realizaba sus estudios de medicina en Madrid), con el encargo de que estudiara sobre el terreno todas las posibilidades de actuación y sirviera de enlace entre los comprometidos cartageneros y los dirigentes intransigentes de Madrid. Este hecho no deja de ser importante, por lo que supone de evidente

(7) FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, R.: *La República de los soñadores*, p. 3.

participación de los dirigentes intransigentes de Madrid en todos los posteriores hechos de Cartagena, desde prácticamente el origen y gestación de los mismos, aunque sin dejar de admitir que el mayor grado de protagonismo correspondiera, indudablemente, a sus líderes locales.

Cárceles llegaría a Cartagena hacia la segunda semana de mayo, precisamente en un delicado momento, cuando ya comenzaban a producirse algunos motines aislados y de pequeña entidad en distintas ciudades andaluzas, como Sevilla, Málaga y Cádiz, que rápidamente fueron sofocados por las propias autoridades locales. Sin pérdida de tiempo, Cárceles se reuniría con los dirigentes intransigentes cartageneros (Nicolás Eduarte, Gutiérrez de la Puente y Nicolás del Balzo), así como con algunos suboficiales (contramaestres Pino Ballester y Rubio Timón) y cabos de Marina y de Infantería de Marina comprometidos, con todos los cuales acordó iniciar una sublevación en la escuadra para la última semana de mayo o los primeros días de junio, a la que se esperaba que se uniera el personal de la maestranza del arsenal naval y una buena parte de los Voluntarios de la República locales, y que se pretendía hacer coincidir con otra insurrección de la guarnición de Madrid, que intentarían llevar a cabo, por esas mismas fechas, los generales Contre-ras y Pierrad.

La fecha inicialmente elegida parece que fue el domingo 25 de mayo, y de no ser posible, por el escaso margen de tiempo disponible, debería retrasarse al siguiente domingo, primero de junio, siguiendo la tradicional elección de los republicanos decimonónicos de los domingos o de los sábados para iniciar las sublevaciones armadas (y que sería una constante a lo largo de prácticamente toda la segunda mitad del siglo XIX), por considerar (y acertadamente, por cierto) que en los fines de semana las medidas de seguridad eran siempre, en los cuarteles y en los buques de la Armada, mucho menores y más relajadas que durante el resto de la semana.

Cambios en la Fuerza Naval del Mediterráneo durante el primer semestre de 1873 y primeros actos de indisciplina en el vapor Ulloa y en la fragata Almansa

La denominada Fuerza Naval del Mediterráneo, con base en Cartagena, había pasado, en los últimos cuatro años y medio (desde su formación, en enero de 1869, hasta mayo de 1873) por muchas vicisitudes, que iban desde sus continuas modificaciones organizativas y de composición de unidades y mandos hasta varios intentos de disolución. El más próximo en el tiempo correspondía precisamente a esas mismas fechas (primavera de 1873), y se había suscitado como consecuencia de los temores del Almirantazgo, tras los sucesos de Barcelona (vapor *Lepanto*), Valencia (vapor *Ulloa*) y de la propia ciudad de Cartagena de marzo y abril, de que las tripulaciones de algunos de sus buques pudieran llevar a cabo motines o acciones de apoyo a previsibles insurrecciones de carácter intransigente.

A los actos de indisciplina ocurridos a bordo del vapor *Lepanto* en Barcelona (21 y 22 de febrero) —ya comentados anteriormente—, les siguieron otros de similares características en Valencia, ocurridos a bordo del vapor *Ulloa* el domingo 13 de abril, en los que su comandante, el capitán de fragata Juan Flores, se vería obligado a detener y encerrar a nueve componentes de su tripulación, entre ellos a dos contra maestres (Pablo Juan Naya y José Antonio Penas) y a un sargento de Infantería de Marina (Lorenzo Sureda Caldente), junto con otros dos cabos de mar, un segundo calafate, un segundo tornero, un pintor y un soldado. Los mencionados detenidos serían desembarcados en el puerto de Valencia el día 20 de abril y enviados, a bordo del vapor mercante *Betis*, al penal de Cartagena, adonde llegaron pocos días después (8).

En lo referente a los últimos cambios en los mandos de las unidades de la escuadra, indicar que, en mayo de 1873, la citada Fuerza Naval del Mediterráneo estaba al mando del capitán de navío de primera clase José Montojo Trillo y se componía de dos fragatas blindadas (la mitad de las unidades blindadas con que contaba la Marina española de la época), otras dos fragatas semiblandas o protegidas, una fragata de hélice, una corbeta (fuera de servicio de mar), dos vapores de guerra y una goleta, a las que había que añadir una serie de unidades menores del resguardo marítimo del departamento (entre las que se encontraban los citados vapores de guerra *Lepanto* y *Ulloa*).

Por lo general, y con pequeñas modificaciones de carácter rutinario dentro de los normales cambios de destinos en la Armada, casi todas las dotaciones de los buques destinados en Cartagena mantenían en la primavera de 1873 las mismas composiciones de los últimos meses de la monarquía amadeísta. Estos eran los casos, por ejemplo, de las fragatas *Numancia* (llegada a Cartagena, desde Cuba, a mediados de octubre de 1872 con algunos casos de fiebre amarilla a bordo, por lo que sería enviada el día 18 a Mahón a pasar el correspondiente «lazareto», tras de lo que regresaría nuevamente a Cartagena el 12 de noviembre siguiente), *Vitoria* (recién llegada, desde Ferrol, vía Cádiz, el 3 de marzo anterior, y con previsión de que pasara a Mahón, con la Escuadra del Mediterráneo, en las próximas semanas), *Tetuán* y *Méndez Núñez*, de los vapores de guerra *Fernando el Católico* y *Vigilante* y de las goletas *Caridad* y *Buenaventura*, cuyos mandos registraban en sus puestos una media próxima a los diez-doce meses. En la fragata blindada *Numancia*, por ejemplo, sólo se habían registrado dos cambios de comandante en los últimos dos años y medio (los capitanes de navío José Manuel Díaz Herrera Serrano, en el año 1871, y Eduardo Rovira Bellón, en 1873), lo mismo que en la fragata protegida *Méndez Núñez* (capitán de fragata José Ruiz Higuero, interinamente, desde el 21 de abril de 1872, y Vicente Carlos Roca, en 1873), y en el vapor de guerra de primera clase *Fernando el Católico* (los capitanes de navío Ramón Brandariz Otero, a finales de 1872, y Tomás Valarino, en 1873), mientras que en la mayor parte del resto de los buques se había mantenido el mismo

(8) Archivo General de Marina Don Álvaro de Bazán, El Viso del Marqués (AGMAB). Sección Expedientes, diferentes legajos e informes del año 1873.

comandante durante, por lo menos, los últimos dieciocho meses (en algunos llegaba incluso a cerca de veinticuatro meses), como eran los casos de la fragata blindada *Vitoria* (capitán de navío Pedro Aubarede Bouyón, en el mando desde mayo de 1871), de la goleta *Caridad* (teniente de navío de primera Adolfo Soler Werle), de la goleta *Buenaventura* (teniente de navío de primera clase Camilo Arana Echevarría), del vapor de guerra de tercera *Vigilante* (teniente de navío José Jáudenes Maldonado, en el mando desde abril de 1871) y del místico *Isabelita* (alférez de navío Vicente Roig Lanuza).



*A bordo Puerto de Lucha
el día 28 Mayo de 1873*

Eduardo Butler

El único caso verdaderamente excepcional en cuanto a permanencia en el mando de sus comandantes lo constituía precisamente la fragata de hélice *Almansa*, que registró siete cambios de comandantes en tan sólo catorce meses (entre abril de 1872 y junio de 1873), lo que la hacía alcanzar el asombroso récord de un comandante cada dos meses, aunque alguno de ellos apenas llegaría a superar la semana en el cargo. Efectivamente, la

Capitán de navío Eduardo Butler Anguita, con su firma (grabado de la *Revista General de Marina*, julio de 1942).

citada fragata registró un trepidante baile de comandantes entre los últimos meses de la monarquía amadeísta y los primeros de la 1.^a República, y éstos serían los casos de los capitanes de navío Mateo García Anguiano (en el cargo entre abril y diciembre de 1872) y Vicente Vial Siver (de diciembre de 1872 a enero de 1873), del capitán de fragata Leandro Alesson Millán (interinamente, desde enero hasta el 3 de marzo de 1873, por enfermedad de su titular), y de los también capitanes de navío Eduardo Butler Anguita (desde el 4 de marzo al 30 de mayo de 1873), Juan Nepomuceno Mexía Vela (del 30 de mayo al 3 de junio de 1873, que venía de mandar el vapor *León*), Federico Anrich Santamaría (nombrado el 22 de mayo, pero efectivo del 3 de junio al 12 de junio de 1873) y José Martínez-Illescas Egea (del 12 de junio al 14 de julio de 1873). No se dispone de información suficiente para poder conocer con certeza las causas o motivaciones a las que se debieron todos y cada uno de los citados cambios, pero sí de los de algunos de ellos, precisamente de los que corresponden al año 1873, motivo principal del presente artículo. Vicente Vial, por ejemplo, sería sustituido por Eduardo Butler debido a la enfermedad del

4.
 5.
 6.
 7.
 8.
 9.
 10.
 11.
 12.
 13.
 14.
 15.
 16.
 17.
 18.
 19.
 20.
 21.
 22.
 23.
 24.
 25.
 26.
 27.
 28.
 29.
 30.
 31.
 32.
 33.
 34.
 35.
 36.
 37.
 38.
 39.
 40.
 41.
 42.
 43.
 44.
 45.
 46.
 47.
 48.
 49.
 50.

51.
 52.
 53.
 54.
 55.
 56.
 57.
 58.
 59.
 60.
 61.
 62.
 63.
 64.
 65.
 66.
 67.
 68.
 69.
 70.
 71.
 72.
 73.
 74.
 75.
 76.
 77.
 78.
 79.
 80.
 81.
 82.
 83.
 84.
 85.
 86.
 87.
 88.
 89.
 90.
 91.
 92.
 93.
 94.
 95.
 96.
 97.
 98.
 99.
 100.

Comunicado del capitán general del Departamento Marítimo de Cartagena, contralmirante Dueñas, al gobernador civil de Murcia, donde solicita la búsqueda y captura de Nicolás del Balzo (31 de mayo de 1873, Archivo General de la Zona Marítima del Mediterráneo).

primero (el relevo oficial se produciría el 5 de marzo, aunque la decisión de su nombramiento era de tres meses antes, de fecha 14 de enero, casi un mes antes de la proclamación de la 1.ª República). Butler, a su vez, sería relevado del mando como consecuencia de un contencioso que mantuvo con el ministro de Marina, suscitado por su propia dimisión, presentada tras el intento de motín del 27 de mayo, aunque, curiosamente, existe un nombramiento anterior de nuevo comandante (Federico Anrich), emitido por el vicepresidente del Almirantazgo, de incluso cinco días antes de producirse los intentos de sublevación de la fragata, es decir, de fecha 22 de mayo, por lo que podría suponerse que la decisión de su cese ya estaba tomada desde dicha fecha. Su sucesor, Federico Anrich, sería nombrado oficialmente el 29 de mayo y tomaría posesión del mando de la fragata (entregado por su comandante interino, el capitán de navío Juan Nepomuceno Mexía, que con dos meses de licencia por enfermedad estaba en Cartagena, de donde pasaría a la secretaría particular del ministro de Marina) seis días después. Tan sólo se mantendría en el mando durante seis días, siendo sustituido, finalmente, por el capitán de navío José Martínez-Illescas Egea el 12 de junio (aunque no hecho efectivo el relevo hasta el día 16), tras el inesperado nombramiento de Anrich como ministro de Marina del nuevo gobierno presidido por Nicolás Salmerón. En resumen, un sorprendente y caótico desfile de comandantes que no se sabe muy bien a qué pudo deber-

se, pero que, muy posiblemente, respondiera a una simple repetición de coincidencias desafortunadas (licencias por enfermedad, ceses, cubrimiento precipitado de vacantes, etc.), sin ningún sentido o fin político ni técnico premeditado, salvo en el caso concreto de Eduardo Butler, como se verá más adelante.

Pero, ante tanto cambio de mandos en la fragata *Almansa*, quizá cabría plantearse la pregunta de si no podría haber influido esta situación de inestabilidad en el mando de la citada fragata en el continuo estado de insubordinación de parte de su tripulación (cinco intentos de insubordinación en los últimos meses, según se cita en la documentación manejada), que desembocaría, finalmente, en los sucesos del 25 y 27 de mayo y del 14 de julio de 1873. La pregunta no tiene una respuesta clara y documentada, aunque es evidente que dicha situación no beneficiaría en nada, o en muy poco, a la identificación de la tripulación con su comandante, en unos delicados momentos en los que ésta hubiera sido tan oportuna como necesaria.

Unos de sus últimos comandantes, precisamente el capitán de navío del Cuerpo General de la Armada (y brigadier honorario de Infantería de Marina) Eduardo Butler, reconocería, en un informe fechado en los primeros días de junio de ese mismo año (9), la existencia de algún incidente durante los primeros meses de su mando y previo a los sucesos de mayo, del que había dado parte verbal y por escrito al capitán general del departamento marítimo, como había sido el castigo a un marinero «metido en barra (...) por haber maltratado a un oficial de mar», y la protesta que había suscitado entre algunos compañeros, exigiendo, sin conseguirlo, «que se le sacase de ella». Sin duda, y como ya se ha visto en apartados anteriores, las fragatas *Almansa* y *Vitoria* fueron los buques más conflictivos de la Fuerza Naval del Mediterráneo, durante aquellos primeros meses de año 1873, en cuanto a riesgo de acciones de indisciplina por parte de sus dotaciones, y así tendría ocasión de comprobarse en las siguientes semanas.

El primer intento en la fragata Vitoria

Los sucesos insurreccionales de finales de mayo en Cartagena no se habían estudiado ni conocido suficientemente hasta la reciente y magnífica investigación realizada por el historiador y profesor de la UNED Pedro M.^a Egea Bruno (10), basada, fundamentalmente, en los valiosos fondos documentales del Archivo General de la Zona Marítima del Mediterráneo, que suministran, junto con el Archivo-Museo Don Álvaro de Bazán, de El Viso del Marqués (Ciudad Real), las claves para estudiar todos los hechos de la Marina durante

(9) AGZMM, diversos oficios y expedientes del año 1873.

(10) EGEA BRUNO, Pedro María: *Los prolegómenos del Cantón en Cartagena: El motín de la fragata Almansa*. Actas de las Jornadas sobre el Sexenio Revolucionario y el Cantón murciano, t. 10. Universidad de Murcia, 1982, pp. 412, 413, 416.

este difícil período. Con anterioridad al citado estudio, estos sucesos habían sido tratados muy superficialmente e, incluso, con ciertos errores de fechas, que se habían transmitido de unos autores a otros y reflejado en obras de la importancia y reconocida valía de las de Isidoro Martínez Rizo (1894), Antonio Puig Campillo (1932), Isidoro Valverde (1973), Antoni Jutglar (1975), M.^a Alice Medioni (1979) y Antonio Pérez Crespo (1990). Se hacía obligado, por tanto, para intentar reconstruir lo más fielmente posible estos interesantes sucesos, que constituirían, sin duda, el prolegómeno más directo de la sublevación de la escuadra de julio de dicho año, utilizar, fundamentalmente, las citadas fuentes documentales originales, aunque, obviamente, sin olvidar el resto de las mencionadas, junto con otras muchas más, sobre aspectos colaterales.

Pero vayamos a los hechos. En Cartagena, y siguiendo los planes establecidos desde días antes por los dirigentes intransigentes, los primeros actos insurreccionales se produjeron, en la madrugada del domingo 25 de mayo, a bordo de la fragata blindada *Vitoria*, en la que dos de sus terceros contramaestres (José Pino Ballester y Francisco Rubio Timón) intentaron sublevar a la dotación. Su comandante, el capitán de navío de primera clase Pedro Aubarede Bouyón, con la ayuda del segundo comandante, capitán de fragata Alejandro Churruca Brunet, de la oficialidad de guardia (tenientes de navío de segunda José Carré, Mariano Jover y Pedro Ruldavete) y, sobre todo, del jefe de la guardia de Infantería de Marina, teniente Miguel Pelayo, lograron evitar que la sublevación se consumara y detener a los citados contramaestres, que fueron rápidamente desembarcados el 27 de mayo e incomunicados en un calabozo en el arsenal junto con un civil, Félix Rosumi, criado particular de uno de los oficiales (11).

En la preparación de la trama insurreccional se confirmaría la participación del comerciante murciano Nicolás del Balzo, como quedó reflejado en la causa instruida al efecto y en un oficio enviado por el capitán general del departamento marítimo, contralmirante Dueñas, al gobernador civil de Murcia pocos días después, reclamando su localización, captura y entrega a la jurisdicción militar (12):

«Recientes sucesos habidos en la fragata *Vitoria* —se recoge en el citado oficio del capitán general— han dado lugar a la inmediata formación de causa en averiguación de los instigadores, y como en ella aparece complicado entre los que inducían a la rebelión un D. Nicolás del Balzo, sujeto muy conocido en esta ciudad por sus antecedentes, se han practicado las gestiones debidas a fin de conseguir su aprehensión sin haber obtenido de ello resultado alguno, y como quiera que recientes investigaciones han dado a conocer que el enunciado sujeto tiene fijado su domicilio en Murcia, me atrevo a rogar a usted que en obsequio a la buena administración de justicia y a lo mucho que talvez interese este asunto al orden público y paz de este vecindario se sirva dictar sus

(11) *Ibidem*.

(12) AGZMM, diversos oficios y expedientes del año 1873.

disposiciones a fin de conseguir su captura, y de ser habido espero de su bondad se sirva ponerlo á mi disposición».

El gobernador de Murcia y el alcalde de Cartagena (también a petición del contralmirante Dueñas) harían indagaciones para la búsqueda y captura de Balzo, pesquisas que no dieron ningún resultado positivo y que finalizarían con la amnistía de éste, por parte del gobierno, a mediados del mes siguiente.

Esta primera intentona no produjo ningún conato de insurrección en otros buques de la escuadra fondeada en Cartagena, ni en el arsenal (como se temía) ni en el resto de la plaza, pero sí mantuvo, durante los siguientes días, en cierto estado de excitación a las dotaciones de otros buques (sobre todo de la fragata *Almansa*), y de máxima alerta a las autoridades militares (de Marina y Ejército) y civiles. Ninguno de los colectivos supuestamente comprometidos (maestranza del arsenal y Voluntarios de la República) se movieron en esta ocasión, y los principales implicados civiles (Balzo y Cárceles) no fueron localizados (aunque Balzo, al menos, parece que permaneció en Cartagena, oculto y disfrazado de marinero). De igual manera, nada se supo de la supuesta sublevación que, para esas mismas fechas, preparaban en Madrid los generales Contreras y Pierrad.

El segundo intento en la fragata Almansa y el «complot» monárquico en Cartagena

Tan sólo dos días después de los sucesos de la fragata *Vitoria* se produjeron otros de carácter similar (aunque en esta ocasión mucho más graves) a bordo de la fragata *Almansa*. Sobre éstos, afortunadamente, existe abundante documentación original para poder analizarlos con el detalle necesario, al constituir un hecho que presenta un doble interés histórico, pues además de su propio valor como prolegómeno de la sublevación cantonal cartagenera, constituyen en sí mismos un valioso ejemplo documentado sobre cómo se producían e iniciaban este tipo de «motines» o sublevaciones en los buques de guerra de la época, sobre los incidentes provocadores que siempre se buscaban para iniciarlos y, finalmente, sobre las distintas y difíciles reacciones de las diferentes partes que se veían implicadas o relacionadas con el mismo.

En esta segunda ocasión, los organizadores de la revuelta en la escuadra (con seguridad, los mencionados Nicolás del Balzo y Manolo Cárceles y, con bastante probabilidad, varios de los dirigentes del Centro Federal de Cartagena, como Esteban Nicolás Eduarte, Pablo Meléndez, Cayetano Cobacho, Manuel Martínez Conesa, José Balanza y Pedro Roca) no quisieron dejar que se «enfriaran» mucho los ánimos, encendidos con el anterior y frustrado intento de la fragata *Vitoria*, e inmediatamente hicieron correr por Cartagena y por las dotaciones de la escuadra el rumor de que en la noche del martes 27 de mayo (tan sólo dos días después de los hechos de la *Vitoria*) se estaba prepa-

rando en Cartagena un complot de los monárquicos contra la República, en el que, supuestamente, estaban implicados tanto los partidarios del príncipe Alfonso como los carlistas, y cuyo plan consistía en liberar y armar a los presos monárquicos del presidio cartagenero (con ayuda, incluso, de marinos rusos), para ocupar la ciudad y el arsenal naval, y al que suponían que iban a adherirse también algunos mandos de la Fuerza Naval del Mediterráneo, fondeada en Cartagena.

Esta asombrosa historia —curiosamente, coincidente en el tiempo y en el espacio con el traslado de 43 presos carlistas desde Barcelona a Valencia, y desde este puerto al de Cartagena, a bordo del vapor *San Antonio*, traslado que, finalmente se produjo el 29 de mayo (13), y con la llegada de la fragata rusa *Bayorin*— incluía el rumor de que a bordo de la citada fragata rusa venía el propio príncipe Alfonso de Borbón y que iba a producirse un desembarco de tropas de Infantería de Marina rusa, «protegido» por las fragatas españolas *Vitoria* y *Almansa*, que forzarían la liberación de los presos monárquicos del Presidio (todos carlistas) y la proclamación de la Monarquía (sin explicar suficientemente qué hacían juntos los partidarios de Don Alfonso y de Don Carlos). A pesar de lo fantástico y embrollado de la historia, sorprendentemente resultó creíble entre los seguidores intransigentes, sobre todo después de haberse producido los últimos sucesos de Barcelona y de Madrid. En cualquier caso, constituiría un argumento muy hábilmente utilizado por los dirigentes locales para atizar los ánimos de los intransigentes más exaltados, sirviendo de elemento provocador de la revuelta de la fragata *Almansa*, como reflejan varios informes enviados por el propio capitán general del departamento marítimo de Cartagena al ministro de Marina en los días posteriores a los hechos (14).

El plan de los comprometidos intransigentes era, por tanto, adelantarse al supuesto complot monárquico mediante el control de los buques antes de que sus mandos pudieran, supuestamente, unirse a los sublevados monárquicos. Y, para ello, eligieron como buque iniciador de la revuelta a la segunda unidad de la escuadra, donde contaban con una tripulación fuertemente comprometida, como era el caso de la fragata de hélice *Almansa*, en la que, al parecer (y según aparece en un posterior informe del contralmirante Dueñas), el propio Del Balzo llegó a subir a bordo, «disfrazado de marinero» (15), pocas horas antes de iniciarse los hechos, para «animar» a sus seguidores.

De acuerdo con el informe que el oficial de guardia (teniente de navío Joaquín Fuster Fernández-Cortés) emitiría pocas horas después (16), los hechos se iniciaron hacia las 19.30 de la tarde («después de puesto el sol») del martes 27 de mayo, cuando algunos marineros cerraron «la portería de la batería», que dicho oficial había ordenado dejar abierta para favorecer la

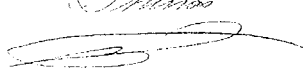
(13) AGMAB, sección Expedientes, diferentes legajos e informes del año 1873.

(14) AGZMM, diversos oficios y expedientes del año 1873.

(15) AGMAB, sección Expedientes, diferentes legajos e informes del año 1873.

(16) AGZMM, diversos oficios y expedientes del año 1873.

faren que era por desconformacion de sus de-
 portores y que lo habian conseguido que lo
 visaran saltando, le dije lo que era asi
 se me ocurrio en este caso, con la in-
 dizacion que N.º C. Subordos' dió de luego
 de este oficial de la Armada al ver su
 ti' cosa y pude conseguir al cabo de un
 rato de dirigirme la palabra y volver
 a la Realidad, se retiraron todos a sus
 Cabos y dejaron el armamento en su lu-
 gar. En manifestar al estar lo
 mandante, que se encontraba en tierra se
 ocurrio, por medio de un Guardia sea-
 nado, el cual dijo suunter despues de
 giendo de seguir la palabra o la tripula-
 cion que provosamente se habia mandado
 abandonar en el alcazar y que se retiró des-
 pués a sus Cabos. Dicho fue retirado su-
 manifestar a N.º C. que desde lo primero de
 mandante mandaron a' guerra, o' guerra a
 sus ordenes o' a' los de los otros oficiales
 de la guarnicion que se encontraba
 o' como, considerable de guerra, los que
 mandante que habia en el barco y cuatro o'
 cinco Cabos de mar de 1.º clase. Todo lo
 que luego el honor de poner en cumplimiento
 de N.º C. en cumplimiento de sus deberes. Cien-
 tesimal 25 Mayo 1873. Joaquín Fuster =
 N.º 10 = los señores, Balthar
 Lo digo, p.

N.º 10


Informe al capitán general del Departamento Marítimo de Cartagena del oficial de guardia de la
 fragata *Almansa*, teniente de navío Joaquín Fuster, sobre el intento de motín ocurrido en la
 noche del 27 de mayo de 1873 (28 de mayo de 1873, Archivo General de la Zona Marítima del
 Mediterráneo).

ventilación nocturna en los pañoles-dormitorios. El condestable de guardia informó enseguida de lo ocurrido al citado oficial (máxima autoridad, en aquellos momentos, a bordo del buque, al estar en tierra su comandante y su segundo comandante, y representar, por tanto, al «comandante de guardia» del buque), y ambos se desplazaron a la batería, donde sorprendieron *in fraganti* a un marinero en el preciso momento en que cerraba una «portería» (los portones exteriores de los cañones de la época, emplazados en baterías laterales, a ambos costados de los buques). El citado marinero fue inmediatamente arrestado y puesto «de plantón» en el alcázar, para que sirviera de ejemplo al resto de la dotación, mientras los portones de las baterías eran nuevamente abiertos.

Todo parecía haber concluido como un incidente menor y casi rutinario, cuando, a los pocos minutos, un grupo de 15 ó 20 marineros, «sin ademán hostil» —según el citado parte—, se concentraba junto al palo mayor y, posteriormente, se dirigía hacia el lugar donde estaba detenido el marinero arrestado. «Fui hacia ellos —indica el oficial de guardia, teniente de navío Fuster, en su informe (17)—, a indagar qué ocurría y qué era aquello y me enteré decían habían sido muchos a cerrar la portería y sólo uno estaba castigado: hice despejar el Alcázar y que continuara cumpliendo su castigo el que ya lo estaba. Como continuara la reunión de gente al pie del palo, la que tuve que disolver una o dos veces y temiera que aunque hasta entonces sin ademán hostil, lo tomara más adelante, hice reunir la tropa de guardia en el Alcázar lista para formar cuando se mandara, hice que el condestable de guardia estuviera listo para sacar la cartuchería del repuesto y avisé de lo que ocurría al Señor Comandante que se encontraba en tierra, retrasando la hora de deshacer el zafarrancho de cois. La gente próxima al palo mayor fue retirándose poco a poco, y desvaneciéndose, a mi modo de ver, los temores de cualquier trastorno; no obstante continuar castigado el marinero ya citado».

Este plante de parte de la dotación, aunque, al parecer, en principio controlado, preocupó al oficial de guardia, por lo que mandaría a buscar a tierra al comandante, capitán de navío Eduardo Butler Anguita (que estaba algo enfermo, por la reaparición de «una antigua afección nerviosa al corazón», según sus propias declaraciones), quien al poco tiempo (hacia las ocho y pocos minutos de la tarde) se presentaría a bordo, junto con otros oficiales que habían bajado también a tierra, y sería informado de todo lo ocurrido. Como a las ocho y media se dio orden de «deshacer el zafarrancho», y una hora más tarde regresaba nuevamente a tierra el comandante, junto con otros oficiales, con objeto, según se comentó en informes posteriores, de que «fuesen a la población a desvirtuar con su presencia la alarma que produjo la primera» (18) y de visitar al capitán general del departamento para informarle de lo ocurrido, aunque dejando una falúa preparada en el muelle por si era necesario regresar rápidamente a bordo.

(17) *Ibidem.*

(18) *Ibidem.*

Pero lo que parecía controlado y finalizado no había hecho más que empezar. Los cabecillas del motín que se estaba preparando a bordo aprovecharon la nueva salida del comandante para iniciar un segundo intento. A las diez menos cuarto de la noche, la marinería comprometida abandonó sus sollados y subió armada a cubierta, dispuesta a hacerse con el buque. Los amotinados, y según un informe posterior del coronel y primer jefe del 3.^{er} Regimiento de Infantería de Marina, destinado en Cartagena (19), se armaron «con fusiles, hachas, cuchillos y sables, dando gritos desaforados de “a ellos”, “traición”, “alarma”, “nos han vendido”, “abajo los galones y estrellas”», y marcharon hacia la proa del buque dando continuos vivas a la República federal.

«Minutos antes de las diez —como indica el parte del oficial de guardia, teniente de navío Fuster (20)—, sin señal alguna que lo indicara, vi un gran tumulto en la batería y vi subir para cubierta la mayoría de la dotación [,] armados unos y armándose otros, por lo cual hice formar en cubierta la tropa de guardia armados, replegándose los centinelas de los portalones y la franca —los libres de servicio aquella noche— formó en la batería a popa, también armada; la casi totalidad de la guarnición —las fuerzas de Infantería de Marina, que constituían la guardia y tropa de desembarco de la fragata— concurrió brevemente a esta formación, poniéndose a su cabeza algunos oficiales y repartiéndose los otros para calmar el tumulto». Efectivamente, Fuster organizaría dos grupos de fuerzas leales: el primero, con la gente que estaba de servicio, a cuyo frente se puso él mismo, con la ayuda de los alféreces de navío José Romero Guerrero y Antonio Aranda Morales y el sargento primero de Infantería de Marina de guardia Leoncio Solsona, y el segundo, con las fuerzas leales que estaban fuera de servicio, que pondría al mando del alférez de navío Emilio Martínez de la Torre Asís, auxiliado por los cabos de mar José Ten Ibáñez y José Ribera García. Asimismo, la oficialidad del buque contaría con la colaboración de los condestables de guardia, con todos los contra maestres que había a bordo y con cuatro o cinco cabos de mar de primera clase.

Sin pérdida de tiempo, Fuster ordenaría sacar y tener a mano la munición de repuesto, y con los dos grupos de fuerzas leales se dirigió, por ambas bandas, a la proa del buque, donde se concentraba un numeroso grupo de revoltosos, que vociferaban y proferían gritos amenazantes. El momento debió de ser muy delicado y con verdaderas situaciones de riesgo de enfrentamiento armado directo, que, de producirse, sin duda, hubiera tenido resultados trágicos, al haberse mantenido los amotinados y los dos grupos de Fuster, durante más de diez minutos, frente a frente y a corta distancia, con las armas de fuego montadas y las bayonetas caladas. Los informes posteriores destacaron la decidida actitud de algunos de los componentes de la tripulación leal del buque, entre otros la del citado sargento primero de Infantería de Marina de guardia, Leoncio Solsona (quien, con cuatro soldados, no se separó en

(19) *Ibidem*.

(20) *Ibidem*.

ningún momento del oficial de guardia) y, sobre todo, las del cabo primero Francisco López Fernández y el soldado de Infantería Salvador Gómez y los cabos de mar José Ten Ibáñez y José Ribera García, los cuales arriesgarían claramente sus vidas al replegar la guardia en medio de los sublevados y desarmar a varios de ellos, a viva fuerza, durante su retirada.

Desde el primer momento, el teniente de navío Fuster llevaría la iniciativa. Ordenaría callar a los amotinados y les preguntó cuál era el motivo de su actitud, recordándoles que estaban incumpliendo gravemente las Ordenanzas de la Armada y las consecuencias que ello podría suponerles. Varios de los amotinados le contestaron que su actitud se debía a sus temores de que en la escuadra se produjera esa misma noche una intentona monárquica contra la República, así como que desconfiaban «de sus superiores». Fuster les aseguró que nada de eso era cierto, al menos en la fragata *Almansa*, y llegó incluso a lanzar varios vivas a la República, lo cual pareció tranquilizar a los revoltosos, que accedieron a dejar sus armas y a regresar, poco a poco, a los sollados.

El citado oficial de guardia —convertido en el verdadero protagonista de la noche— enviaría rápidamente a un guardiamarina a tierra, para que comunicara al comandante lo ocurrido, y pocos minutos después el capitán de navío Butler (que se encontraba en aquellos momentos reunido con el capitán general del departamento marítimo, contralmirante Dueñas) se presentaba nuevamente a bordo de la fragata. El comandante, tras felicitar al oficial de guardia con un «sea muy enhorabuena, teniente, la gente de usted nos ha salvado esta noche» (21), ordenaría, sin pérdida de tiempo, levantar a toda la tripulación y convocarla en el alcázar, donde les dirigió la palabra, tranquilizándoles sobre las supuestas conspiraciones contra la República, pero recriminándoles severamente por su actitud, totalmente contraria a las Ordenanzas de la Armada. Terminada su intervención, se ordenaría a la tripulación que volviera a sus sollados, reforzándose las guardias y manteniéndose, durante el resto de la noche, el comandante y toda la oficialidad en el puente y en cubierta, así como la tropa leal con las armas preparadas en sus puestos de guardia o en sus alojamientos.

La prensa local del día siguiente recogería también en sus páginas lo sucedido a bordo de la fragata *Almansa* en la noche del 27 de mayo, y todos los rumores sobre los supuestos planes conspirativos de los monárquicos. *La Paz de Murcia*, por ejemplo (22), comentaría todo lo referente a la misteriosa fragata rusa, que no había hecho, al parecer, las reglamentarias salvas de ordenanza a su entrada en el puerto de Cartagena, ni cumplimentado sus mandos a las autoridades navales del departamento, insistiendo en el rumor de que traía a bordo al príncipe Alfonso, a «otros personajes» y a tropas de desembarco, así como que, finalmente, todo había resultado un «error de los Voluntarios de la República» y que «todo quedó en nada cuando se deshizo el

(21) *Ibidem*.

(22) Cit. por RUBIO PAREDES, José M.³, y PÉREZ CRESPO, Antonio: *op. cit.*, p. 282.

error». Por su parte, el periódico *La Correspondencia* repetía los mismos rumores ya comentados, añadiendo que «en la *Almansa* se dieron algunos vivas a la República Federal (...) produciendo el consiguiente tumulto, que quedó pacificado momentos después», así como que «la agitación que se notó anoche en la *Almansa* fue consecuencia de la noticia de que la gente del presidio estaba armada y se preparaba a lanzarse a la calle al grito de “¡Viva don Carlos!”», la tripulación se excitó y empezó a protestar, dando vivas a la República».

En resumen, demasiadas incongruencias y mezclas de supuestas conspiraciones alfonsinas y carlistas, muy del gusto de la época pero sin ningún fundamento real, que no obstante cumplirían su objetivo primordial de servir para «calentar» el ambiente de los comprometidos intransigentes y de utilizarse como excusas para «adelantarse» a los supuestos planes de los contrarios. Evidentemente respondía a la vieja táctica de la «sublevación preventiva», muy utilizada a lo largo de la historia para justificar determinadas acciones insurreccionales, táctica que en nuestro país ha tenido varios ejemplos relativamente recientes (entre otros, la insurrección asturiana de octubre de 1934 y el comienzo de la sublevación militar que daría origen a la guerra civil de 1936-1939).